

"La Compañía y la situación de la mujer en la Iglesia y en la sociedad"

(CG 34; Decreto 14, 1995)

INTRODUCCIÓN

Abordamos el problema de la mujer en la sociedad y en la Iglesia. Ambos ámbitos relacionados. Rasgos comunes, rasgos diferentes. Una cosa es cierta: el mundo antiguo ha sido el mundo de la sumisión de la mujer. Pero: ¿La sociedad ha cambiado? ¿Es reducida la mujer aún a los **estereotipos** de esposa y madre? ¿Se reconoce su dignidad, su identidad, su derecho, su papel? ¿Favorece la comunidad la liberación de la mujer? ¿Asume la Iglesia la sumisión propia del mundo antiguo? ¿Qué estructuras de la Iglesia permiten que hombres y mujeres se escuchen mutuamente y colaboren en situación de igualdad? Pero sobre todo: ¿Puede hoy alguna cultura, religión, situación política considerarse civilizada sin asumir la igualdad sexual?

1. Positivo aunque lento avance del aprecio social y eclesial

Hace 40 años, el Concilio Vaticano II vio así la situación de la mujer: "Las mujeres reivindican, allí donde aún no lo han conseguido, la igualdad de derecho y de hecho con los hombres" (GS 9), "la activa presencia del padre contribuye sobremanera a la formación de los hijos; pero también debe asegurarse el cuidado de la madre en el hogar que necesitan principalmente los niños menores, sin dejar por eso a un lado la legítima promoción social de la mujer" (GS 52), "las mujeres actúan ya en casi todos los campos de la vida, pero es conveniente que puedan asumir plenamente su propio papel según su propia índole. Todos deberán reconocer a la mujer la participación propia y necesaria en la vida cultural y promoverla" (GS 60). Son frases y palabras muy alentadoras. El CV II se hace eco, a través de ellas, de la creciente sensibilidad de aprecio y de estima ante la condición de mujer, con toda su riqueza

za específica y sus múltiples potencialidades. Riqueza y potencialidades marginadas durante siglos en las diversas tradiciones socio-culturales; marginación que en tiempos del Concilio (años sesenta del siglo pasado) venía siendo puesta crecientemente en cuestión.

Sin embargo, desde entonces hasta hoy, la mujer sigue siendo discriminada. Según una Encuesta sobre Estructura Salarial en la UE, el salario promedio anual femenino es casi 15% a 25% menor que el masculino¹, se constata la falta de reparto equitativo de las tareas domésticas y de cuidado en el hogar; cada año, cientos de miles de mujeres se sienten urgidas y comprometidas a abandonar su trabajo o su carrera para ocuparse de su familia o por motivos personales, no así los varones. Y además parece lo correcto que así ocurra. Llegan a las Instituciones de trabajo cientos de denuncias por discriminación en sus distintas variantes: por maternidad², por mayor dificultad para acceder a un trabajo o por acoso sexual. A lo anterior se agrega que las mujeres siguen estando sub-representadas en las asambleas nacionales y locales, ocupando, en general, no más del 10% de los escaños en los parlamentos. Dos tercios de los analfabetos del planeta son mujeres y niñas, hay más mujeres infectadas de sida que hombres, y el 70% de las mujeres viven en condiciones de pobreza³.

2. Semilla de igualdad y de libertad

Muchas mujeres entretanto han ido redescubriendo la liberación desde el Evangelio. A lo largo del Evangelio, vemos muchos signos de amor y de liberación de Jesús hacia la mujer.

¹ Esta cifra se ha venido manteniendo durante la última década pese al aumento del número de mujeres trabajadoras. Las mujeres han ocupado seis de los ocho millones de puestos de trabajo que se han creado en la UE desde 2000. Si a eso se añade que un 59% de los titulados universitarios son mujeres, hay que preguntarse por qué las cosas se estancan en lugar de adecuarse a los tiempos (http://ec.europa.eu/news/employment/070718_1_es.htm)

² Los momentos más difíciles son los embarazos y la crianza de los hijos pues falla la conciliación de la vida laboral y familiar

³ Latinoamérica no es la excepción a la regla. Según datos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), en 2002, los ingresos promedio que percibían las mujeres en el mercado laboral eran equivalentes al 68% de los ingresos masculinos.

a) Es muy llamativo, entre tantos buenos ejemplos de Jesús con la mujer, el caso de la samaritana (Juan 4,1-29) tanto en la llamada de Jesús pidiéndola primero de beber (una llamada a la diaconía) y ofreciéndola luego el “agua viva” (la vida en Él como discípula) como en la respuesta de la mujer, que entabla un diálogo teológico - “de igual a igual”- con Jesús y luego deja todo y corre a transmitir a su pueblo la Buena Noticia.

b) Jesús también libera de su joroba⁴ a una mujer en sábado, la llama hija de Abraham y le impone las manos (Lucas 13,10-13). Jesús la reivindica como hija de Dios y portadora del Reino. Y le impuso las manos, ratificando que hombre y mujer son iguales ante Dios.

c) Tenemos también el ejemplo de Marta y María. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada (Lucas 10,38-42): la escucha de su Palabra, apacible y sin distracciones, como lo hacían (hacen) los hombres, sin tener que preocuparse del servicio.

Y cuando Jesús muere en la cruz, como consecuencia de su vida y de su palabra tan libre y tan valiente, las mujeres que le seguían desde Galilea y otras de Jerusalén son testigos de esta muerte y no le abandonan⁵.

Podemos decir, en resumen, que existe una semilla de igualdad y de libertad sembrada por Jesús en relación con las mujeres. Esto impide y elimina de raíz que se pueda utilizar la palabra o la acción de Jesús para excluir, subordinar o controlar a las mujeres⁶.

Apoyado en esa semilla, y a poco más de una década tras el Vaticano II, Juan Pablo I pensaba escribir una carta sobre la mujer en la sociedad civil y en la vida eclesial que hubiera dicho

⁴ Joroba que simbolizaría el peso de la humillación de todas las tradiciones que sometían a la mujer y le impedían crecer.

⁵ González Faus da un argumento interesante a favor del ministerio femenino: habla de la soledad de Jesús en la cruz: “Queda sólo uno de los apóstoles y un grupo de mujeres fieles hasta el final y más valientes que aquéllos. Y en la medida en que el sacerdocio de Jesús está constituido por la entrega de su vida, como dice la carta a los Hebreos, cabría afirmar que casi sólo las mujeres participaron de su sacerdocio”. (Arranz, La mujer en la iglesia. ¿Hay esperanzas de que mejore la situación? Revista de Teología y Ministerio. No.7. 2004)

⁶ Pero esa buena semilla se fue ahogando poco a poco con la sociedad patriarcal y androcéntrica que existía y sigue existiendo.

así, según su propia expresión: "Es hora de que el Papa diga a los cristianos y al mundo una palabra clara, firme y autorizada sobre la dignidad, los méritos, el valor y la misión de la mujer. Demasiado desprecio, demasiados prejuicios y demasiadas marginaciones se han acumulado en los siglos. Nadie podrá jamás medir el dolor, la humillación y la ofensa hecha a la mujer por parte del hombre durante milenios". ("**Son las lágrimas de la montaña**": *Ecclesia*, 29/09/05).

En 1992 la Iglesia Anglicana aprueba la ordenación de las mujeres. Los presbiterianos lo hacen en los años cincuenta y los luteranos en los setenta. Esto supone, para muchos, un avance histórico, que manifiesta, en las Iglesias, la igualdad fundamental del hombre y de la mujer. Como se sabe, en la Iglesia católica el tema de la ordenación presbiteral de la mujer es objeto de mucha discusión y debate. Debate importante, no cabe duda; pero que ha focalizado un tema más global e importante: prácticamente casi toda la estructura de autoridad en nuestra Iglesia es masculina, los ministerios, la administración de las finanzas en el Vaticano, los cargos públicos (embajadores del Vaticano), las múltiples restricciones para realicen una actividad directiva y administrativa en las parroquias y en las diócesis, etc.

3. ¿Es que podemos tener Esperanza?

Pues diremos que sí: que caminamos en ella. La mujer está buscando su propio protagonismo y encontrando su lugar. Cada vez, más acompañada de varones sensibles y sensibilizados. Cuenta en sí misma con su alegría para celebrar, con la resistencia al sufrimiento y con su sentido comunitario. Es un camino lento de autoconvencimiento y liberación hacia la igualdad. También en la Iglesia podemos mencionar trabajos de muchas mujeres y teólogas (Ivonne Gebara, por ejemplo) que interpretan la Biblia desde la mujer para rescatar su tradición silenciada. Basan su trabajo sobre todo en la autoridad teológica legitimadora de tantas mujeres que sufren. (Gebara, Ivonne: *El mal visto desde la mujer*). Hay caminos nuevos, aunque difíciles de encontrar y de recorrer. Tenemos que repetir sin cansarnos: hay caminos, hay esperanza.

En esta coyuntura sale a la luz la palabra de la Congregación General 34, que revisa el comportamiento de los miembros de la Compañía de Jesús al respecto de este *tema crucial de justicia* para nuestro tiempo; y enuncia el Decreto 14: una elabo-

ración sintética y sucinta sobre el papel acallado de la mujer en nuestro mundo, en nuestra sociedad, en nuestra iglesia; con un "mea culpa" por la discriminación que para dentro de la Compañía de Jesús se ha mantenido con sus colaboradoras laicas y con sus acompañantes religiosas -que han sido tantas- en la misión, y a las cuales debería tanto agradecer. De hecho les ha agradecido, pero como a colaboradoras de segunda categoría: mantenidas en el terreno del trabajo, no en el de la escucha o el de la consulta.

El estudio revisa esta situación y se da tareas para los momentos actuales⁷. Invita sobre todo a escuchar. Una escucha respetuosa que permita conocer los intereses reales de la mujer. Escuchar como quien pueda aprender de ellas. Invita, también, a crear un ambiente donde se dé la igualdad: en la educación y en el ejercicio de las reglas y leyes hacia dentro de las instituciones para varones y mujeres. Sugiere el apoyo a los movimientos liberadores de la mujer. Para que con todo esto, un día lleguen las mujeres a tener, en el momento propicio, su lugar en la consulta y toma de decisiones en el apostolado de la Compañía de Jesús.

Desde que el Decreto fuera promulgado y *en ese espíritu*, mucho se ha avanzado al respecto, sobre todo en dar el lugar a la mujer, que se adhiera al carisma, como se le daría al varón, a tener acceso a los cargos donde se consulte para decisiones sobre el apostolado. Es un "pinino", falta más por hacer, falta más por ver. Allí queda el documento y sobre todo *su espíritu*: para leer, interiorizar, para apropiarnos de esa relación posible y querida de la Compañía con la mujer, que haga que ella pueda ocupar su lugar de igualdad. Que este significativo gesto tiña al resto de la iglesia e irradie e influya significativamente en la sociedad.

En el espíritu de María, Mujer en plenitud y Madre de Jesús y de la Compañía de Jesús. Amén.

Querube Esther Lavergne Varcasía
Panamá

⁷ Recordemos que el decreto es de 1995

DECRETO

Introducción.

1. La CG 33¹(137) hizo una breve alusión al “trato injusto y explotación de la mujer” como una de las injusticias que formaban el nuevo contexto de necesidades y situaciones que la Compañía debía afrontar en el cumplimiento de su misión. Deseamos considerar esta cuestión más en concreto y con más profundidad. Y ello principalmente porque, al generalizarse la atención a este problema, también nosotros nos hemos hecho más conscientes de que está en el centro de toda misión contemporánea que pretenda integrar fe y justicia. Su dimensión es universal en cuanto que afecta a hombres y mujeres de todas partes; se extiende cada vez más a través de clases y culturas; y toca personalmente a nuestros colaboradores, especialmente mujeres laicas y religiosas.

La situación

2. El dominio del varón en sus relaciones con la mujer ha encontrado múltiples expresiones. Ha incluido discriminación en las oportunidades educativas, la carga desproporcionada que han tenido que llevar en la vida doméstica, una paga menor por el mismo trabajo, acceso limitado a puestos de influjo en la vida pública y, por desgracia y con excesiva frecuencia, verdadera violencia contra la persona de la mujer. Esta violencia incluye aún, en algunas partes del mundo, la circuncisión femenina, muertes a causa de la dote, el asesinato de niñas rechazadas. La publicidad y los medios de comunicación la tratan en general como mero objeto y, en casos extremos, como artículo de comercio en la promoción del turismo sexual.

3. Esta situación ha comenzado a cambiar, sobre todo a causa del despertar crítico y la protesta valiente de la misma mujer. Pero son también muchos los varones que se les han sumado para rechazar comportamientos que ofenden la dignidad tanto del varón como de la mujer. No obstante, aún nos queda el legado de una discriminación sistemática contra la mujer. Está enquistado en las estructuras económicas, sociales, políticas, religiosas y hasta lingüísticas de nuestras sociedades. Con frecuencia, es parte de un prejuicio y estereotipo cultural aún más profundo. Muchas mu-

¹ CG 33 d.1, 48.

jeros piensan que los varones han tardado en reconocer su plena humanidad. Cuando denuncian esta ceguera, experimentan con frecuencia una reacción defensiva por parte de los varones.

4. Desde luego, este prejuicio reviste formas diferentes según las culturas. Se necesita sensibilidad para no aplicar una medida única a lo que pasa por discriminación. Con todo, no deja de ser una realidad universal. Además, en muchas partes del mundo, las mujeres, que sufren ya crueles consecuencias por la guerra, la pobreza, la migración o la raza, sufren con frecuencia una doble desventaja precisamente por ser mujeres. Hay una 'feminización de la pobreza' y un 'rostro femenino de la opresión'.

La Iglesia afronta la situación

5. La doctrina social de la Iglesia, sobre todo en estos diez últimos años, ha reaccionado con fuerza contra esta persistente discriminación y prejuicio. El Papa Juan Pablo II en particular ha hecho un llamamiento a los hombres y mujeres de buena voluntad, especialmente a los católicos, a hacer de la igualdad esencial de la mujer una realidad vivida. Este es un auténtico "signo de los tiempos"². Debemos colaborar con los miembros de otras Iglesias y religiones para promover esta transformación social.

6. La doctrina social de la Iglesia favorece la función de la mujer dentro de la familia, pero acentúa también la necesidad que la Iglesia y la vida pública tienen de su aportación. Se basa en el texto del Génesis, que habla del varón y la mujer creados a imagen de Dios (Gen. 1,27), y en la praxis profética de Jesús en sus relaciones con las mujeres. Estas fuentes nos urgen a cambiar de actitud y a trabajar para cambiar las estructuras. El plan original de Dios era de una relación de amor, respeto, reciprocidad e igualdad entre el varón y la mujer, y ése es el plan que estamos llamados a realizar. Del tono de esta reflexión eclesial sobre la Escritura se desprende claramente que urge traducir la teoría en práctica, y no sólo fuera sino también dentro de la Iglesia.

Función y responsabilidad del jesuita

7. La Compañía de Jesús recoge este desafío y la responsabilidad que tenemos de hacer lo que podamos como hombres y

² Juan Pablo II, *Mulieris Dignitatem* y *Christifideles Laici*; Mensaje en la Jornada Mundial de la Paz 1995.

como orden religiosa masculina. No pretendemos hablar en nombre de la mujer. Pero sí damos voz a lo que hemos aprendido de las mujeres sobre nosotros mismos y sobre nuestras relaciones con ellas.

8. Al dar esta respuesta somos fieles a nuestra misión en la nueva visión de nuestro tiempo: el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia es requisito absoluto. También nos empuja el limitado pero significativo influjo que tenemos como jesuitas y como orden religiosa masculina dentro de la Iglesia. Somos conscientes del daño que ha causado al Pueblo de Dios la alienación de la mujer, que en algunas culturas ya no se siente en la Iglesia como en su propia casa y no puede por lo mismo transmitir íntegramente los valores católicos a sus familias, amigos y colegas.

Conversión

9. En respuesta, primero pedimos a Dios la gracia de la conversión. Hemos sido parte de una tradición civil y eclesial que ha ofendido a la mujer. Como muchos otros varones, tenemos tendencia a convencernos de que el problema no existe. Aun sin percatarnos, hemos sido cómplices de una forma de clericalismo que ha respaldado el dominio convencional del varón con una sanción presuntamente divina. Con esta declaración queremos reaccionar personal y corporativamente y hacer lo que podamos para cambiar esta lamentable situación.

Agradecimiento

10. Sabemos que nuestra educación en la fe y buena parte de nuestro apostolado sufrirían no poco sin la entrega, generosidad y alegría que la mujer ha aportado a escuelas, parroquias y otras obras en las que trabajamos juntos. Esto ocurre especialmente en el trabajo de laicas y religiosas entre los pobres de pueblos y ciudades. Además, muchas congregaciones religiosas femeninas han adoptado los Ejercicios Espirituales y las Constituciones como base de su espiritualidad y gobierno y forman parte de una amplia familia ignaciana. En estos últimos años, religiosas y laicas se han especializado en dar los Ejercicios Espirituales. Como directoras de Ejercicios, especialmente según la Anotación 19, han enriquecido la tradición ignaciana y nuestra visión de nosotros mismos y de nuestro apostolado. Muchas mujeres han contribuido a renovar nuestra tradición teológica de una manera que

ha liberado tanto al hombre como a la mujer. Deseamos expresar nuestro agradecimiento por esta gran aportación y esperamos que esta reciprocidad en el apostolado continúe y florezca.

Caminos de progreso

11. Queremos señalar más en concreto algunas de las maneras como podemos responder a este desafío de nuestra vida y misión. No partimos del supuesto de que haya una forma determinada de relación varón/mujer que se pueda recomendar, y mucho menos imponer, en todo el mundo ni aun dentro de una cultura dada. Subrayamos más bien la necesidad de delicadeza en nuestra respuesta. Debemos precavernos de interferir de manera contraria a la cultura y procurar más bien facilitar un cambio orgánico. Deberíamos estar particularmente atentos a no adoptar una pedagogía que meta una cuña más entre el varón y la mujer, cuando ésta se encuentra ya presionada por otras fuerzas culturales o socioeconómicas que dividen.

12. Lo primero, invitamos a todos a escuchar con atención y valentía lo que nos dice la experiencia de la mujer. Muchas mujeres creen que los varones simplemente no las escuchan. Escuchar es insustituible. Es lo que más que otro factor cambiará las cosas. Sin escuchar, cualquiera iniciativa en este campo, por bien intencionada que sea, corre el peligro de soslayar los intereses reales de la mujer, confirmar la actitud condescendiente del varón y consolidar su dominio. Escuchar con espíritu de participación e igualdad es la respuesta más práctica que podemos dar y la base para nuestra común colaboración en la reforma de estructuras injustas.

13. En segundo lugar, invitamos a todos, individualmente y a través de sus instituciones, a alinearse en solidaridad con la mujer. La manera práctica de hacerlo variará de un lugar a otro y de una cultura a otra, pero no faltan ejemplos:

13.1 - la enseñanza explícita de la igualdad esencial entre la mujer y el varón, en todos nuestros apostolados, especialmente en colegios y universidades;

13.2 - el apoyo de los movimientos de liberación de la mujer que se oponen a su explotación, y la promoción de su participación en la vida pública;

13.3 - la atención particular al fenómeno de la violencia contra la mujer;

13.4 - la debida presencia de mujeres en las actividades e instituciones de la Compañía, incluso la formación;

13.5 - su participación en la consulta y toma de decisiones de nuestros apostolados;

13.6 - la colaboración respetuosa con nuestras colaboradoras en proyectos comunes;

13.7 - el uso del lenguaje inclusivo cuando hablamos o escribimos;

13.8 - la promoción de la educación de la mujer y, en particular, la eliminación de toda forma de discriminación injustificada entre muchachos y muchachas en el proceso educativo.

Felizmente, muchas de estas cosas se practican ya en muchas partes del mundo. Confirmamos su valor y recomendamos que se extiendan siempre que sea el caso.

14. Sería inútil pretender que se han encontrado o que son satisfactorias todas las respuestas a los problemas que rodean una relación, nueva y más justa, entre mujer y varón. Se puede predecir que algunas otras cuestiones relativas al papel de la mujer en la sociedad civil y eclesial madurarán con el tiempo. Un estudio perseverante y comprometido, el contacto con las diferentes culturas, y la reflexión sobre la experiencia alcanzada servirán para aclarar estas cuestiones y señalar los problemas de justicia subyacentes. El cambio de sensibilidad que ello comporta se reflejará inevitablemente en la enseñanza y práctica de la Iglesia. En este contexto pedimos a todos los jesuitas que vivan, como siempre, con la tensión que se da entre la fidelidad a las enseñanzas de la Iglesia y los signos de los tiempos.

Conclusión

15. La Compañía da gracias por cuanto ya se ha realizado por medio de un esfuerzo, muchas veces costoso, para forjar unas relaciones más justas entre mujer y varón. Agradecemos a las mujeres su liderazgo pasado y presente. Estamos particularmente agradecidos a las religiosas con las que tenemos un vínculo especial y que de tantas maneras han sido pioneras en su aportación a nuestra misión de fe y justicia. Estamos asimismo agradecidos por cuanto la Compañía y sus miembros han aportado a este nuevo clima que nos favorece a todos.

16. Queremos sobre todo que la Compañía se comprometa de manera más formal y explícita a considerar esta solidaridad con la mujer como parte integrante de nuestra misión. Esperamos que, de esta forma, toda la Compañía considere esta labor de reconciliación entre mujer y varón en todas sus formas como parte integrante de su interpretación del d.4 de la CG 32 para nuestros tiempos. Sabemos que un compromiso consciente y sostenido para llevar a cabo esta reconciliación sólo puede provenir del Dios del amor y la justicia, que reconcilia a todos y promete un mundo en el que “no habrá ya distinción entre judío y griego, esclavo y libre, varón y mujer” (Gal. 3,28).

METODOLOGÍA

A. Otros textos de referencia

Para ampliar lecturas y reflexiones, podrían ayudarte los siguientes textos:

- Mariola López Villanueva, "Lo habían seguido y servido (Marcos 15,41). Mujeres significativas en la misión de Jesús", *Diakonía* 96 (2000), 26-42.
- María Clara Lucchetti Bingemer, "La mujer: protagonista de la evangelización", *Diakonía* 125 (2008), 93-105.
- Gerry O'Hanlon, "El clero y la situación de la mujer en la Sociedad y en la Iglesia", *Sal Terrae*, Tomo 83/8 (1995), 637-647.

B. Pautas para la reflexión personal

- Leer y meditar Mateo 26, 6-13.
- + Observar e interiorizar cómo Jesús mismo tuvo que superar las barreras, las fronteras, entre hebreos y personas de otras culturas.
- + Notar e interiorizar lo que Jesús alaba de esa mujer, su "fe". Más acá, más lejos, más dentro, y más abajo que cualquier muro social, cultural e histórico, en la relación varones / mujeres, se sitúa una misma "fe".
- De lo que has leído selecciona y anota las tres ideas que te han resultado más acertadas y sugerentes.
- Termina tu rato de meditación pidiéndole a Dios nos ayude a reconocernos como hijos/as, hermanos/as, y expulsar de nuestro corazón esa tendencia histórica a marginar lo femenino, a la mujer, por temor, por educación, por poder... vendría bien rezar el "Padre Nuestro", y un "Ave maría".

C. Pautas para el diálogo en grupo

- Para tener la reunión comprobar que todos hemos leído el Decreto y hemos realizado la reflexión personal.
- Para ambientar la sesión, leer y comentar y compartir lo que nos sugiere el texto paulino de Gálatas 3, 25-28.
- Compartir las tres ideas que cada cual anotó y que le resultaron más sugerentes de la lectura realizada del decreto y del otro material de apoyo.

- Dialogar sobre cómo vemos la situación de las mujeres en el país. ¿Cuáles serían las características de dicha situación?
- Dialogar sobre qué aportaría a la Iglesia –y cómo la afectaría- si las mujeres tuvieran un rol más activo en ella.
- Dialogar sobre lo que en la obra o institución en que colaboramos estamos haciendo en la línea de la perspectiva de género. ¿Qué más –y cómo- podríamos hacer?
- Terminar el encuentro con un Padre Nuestro y un Ave María.